

CEDDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado

NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 56

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 20 DE AGOSTO DE 1905

NUM. 508



CORTES... DE MANGAS

EL BOTONES.—¿Está D. Rafael Gasset?

EL INTERESADO.—Yo soy; ¿qué quería usted?

EL BOTONES.—Vengo aquí, por acuerdo del Consejo de Ministros, á que me preste usted una manga de riego que tenía.

EL INTERESADO.—Si está muy vieja y toda llena de cortes...

EL BOTONES.—Para eso precisamente la queremos: para que dure hasta las Cortes.



ANUNCIOS INCOBRABLES



PALACIO Ú HOTEL DE VENTAS

Compra y venta de TRASTOS nuevos y usados de todas clases y partidos
Cerrado durante la Canícula y los preparativos electorales; se abrirá en Octubre probablemente con más de cuatrocientos trastos nuevos y otros usados, pero que harán su papel en las votaciones.

PLAZA DE LAS CORTES. MADRID

BLUSAS

Ya se puede apostar algo á que no viene ni una sola al Congreso. ESPECIALIDAD EN EL CORTE.

P. IGLESIAS Y COMP.^a

**MUNIEPSA
MALTRANIA
ZALDOSIS
GALVEZTENIA
MUÑOZRIVERIA
¡¡ FISCOWICHS !!
(JESÚS!)
¡GARAY!**

¡Vaya unos candidatos curativos y recomendables para niños, adultos y militares sin graduación! Malas digestiones, úlceras en el estómago y en el bolsillo del chaleco, acedías y acenoches de los electores, inapetencia para el embuchado, gastralgia producida por el morapio electoral, clorosis de las urnas, enfermedades de los intestinos y de los interventores, todo, aunque sea muy malo, se curará con el

**Elixir Candidatal
de GARCIA PRIETO
Marca EX-TOMA-ALIX
Botica de la Puerta del Sol
¡20.000 dureses
por barba la toma!
ELECCION GARANTIZADA**

POSTALES DE FAMILIA EN MONTERINO-BROMURO

SEIS EJEMPLARES, PTAS. 320.000, según la cuenta de R. Soriano

Retrato del jefe de la familia con uniforme de Presidente de gala, Toisón de oro, la pluma famosa del Tratado de París y un bonito fondo de censos y foros de Galicia escarchados.

Idem del primer yerno con gran collar, toga, birrete, vuelillos y González de la Peña llevándole la cola.

Retratos del segundo yerno en traje de faena electoral, con ó sin gorro.

Retratos del tercer yerno, con ó sin bisoñé, *hiciendo* de Aguilera, paseando por los Jardines con Cortinas corridas y descorridas, inspeccionando los lugares de política hidráulica, saludando á unas *furcias*, metiéndose en los charcos, etc., etc.

Retratos del niño primero en funciones de juez, en funciones de secretario, etc.

Retratos del niño segundo en funciones de abogado del Banco, en funciones de secretario, etc.

Retratos del niño tercero, en otras funciones divertidas.

Todas estas curiosas postales merecen ser conocidas por el público, y ya haremos lo posible porque las conozca bien.

No confundirlas con otras que se venden por ahí.

POSTALES DE FAMILIA

EL VALOR INESTIMABLE

de tan gran preservativo de la salud monárquica como es el CITRATO DE MAGNESIA EFERVESCENTE DE NAKENS, ha sido reconocido, no sólo por la profesión de fe republicana de muchos infelices, sino también por los premios obtenidos en cuantos casos de Exposición se han presentado; pero mucho más ha sido evidenciada su valía por las continuas interrupciones que ha producido en la ineluctable labor digestiva del estreñido D. Nicolás. Es verdad que todos los preparados similares, así se llamen RODRIGATO DE MAGNESIA, SALES DE FRUTAS FEDERALES O RADICALINOS sin distinción directa ó indirectamente, han tratado de producir los mismos efectos, imitando la fórmula del CITRATO EFERVESCENTE DE NAKENS. Algunos hasta confiesan haberla imitado hasta en el color pintoresco de los envoltorios y fórmulas con que aparecen los prospectos de la MAGNESIA NAKENS. ¿Y por qué?...

Elaborado en la forma anticlerical y con los mejores adjetivos y epítetos, esencias de hiel y vinagre más activas, el CITRATO DE MAGNESIA EFERVESCENTE DE NAKENS es el gran remedio para la familia eclesiástica y para la comunidad republicana, siendo un refrescante suave, agradable y seguro, que hace obrar al jefe y en cierto modo constituye un preservativo de ciertas epidemias revolucionarias. No hay otra preparación tan útil, y desde luego lo recomendamos á todo republicano que padezca la pereza gástrica propia de los Salmerones, Azcárates, Muros, etc. Al único que hasta ahora no le ha surtido efecto es á D. Melquiades, porque á ese no hay quien le purgue.—Dirigirse á la droguería de *El Motín*. No confundirla con la de la Revolución, que se le parece en el nombre nada más.

AUTOMOVIL AUTOMOVIL AUTOMOVIL

El ministro de jornada desea adquirir, ó, por lo menos, conocer uno de pocos caballos y que tenga la costalada suave. Dirigirse á su sobrino, á quien no le ha salido aún el susto del cuerpo, ó, en caso de no obtener contestación, á la taberna vinaria de Prócuro. Suburra, 3, tercero. Roma (esquina á Caracalla).

NOTA. ¡Eso, eso; *Su-burra* es lo que querría el ministro para caer con menos exposición.

ABONOS MORETALES Y PRODUCTOS ROMANÓNICOS

La SOCIEDAD MORETAL Y ROMANÓNICA posee, entre otros negocios, la explotación de estos abonos, excelentes para el cultivo de distritos y tierras monteristas, en las que tan mal germina el candidato de otra casta.

No se pueden garantizar hasta ahora los resultados, pero ya verán ustedes qué buena cosecha se prepara.

No hay abono como el MORETAL, á no ser el abono del Español.

Dirigirse á S. M., y es posible que se logre contestación.

JUEVES DE GEDEÓN



CARTAS DE GEDEON

San Sebastián, 18 Agosto.

Mi querido Calínez: Yo también tengo automóvil, mejor dicho, yo también lo tendré, pues ando en tratos para la adquisición de un *Mercedes* de cuarenta.

Mi futuro automóvil no es un auto cualquiera y, como los pueblos felices, sin historia. Aparte de los perros y de los burros que perecieron bajo sus neumáticos, ha volcado tres veces; lleva despachadas dos personas a las regiones siderales. Todas estas gloriosas hazañas aumentan considerablemente su precio; pero de tener automóvil hay que tenerlo así, con ejecutoria y probanza de sangre. Esos autos plebeyos, que no matan más que chuchos rastrojeros, no son dignos de apestar a gasolina, como si se les acabase de caer el quinqué a sus dueños.

¿Y qué ocurrencia te ha dado, me preguntarás tú, de hacerte con un automóvil? Verás, Calínez: ya en España no se puede veranear más que de dos modos: ó aplastando ó muriendo aplastado. Oirás decir que la gente viene a las playas del Norte a bañarse en el Cantábrico y jugar a los caballitos: no lo creas. Viene a lo que te he dicho: unos a aplastar, otros a ser aplastados, nada más. Los tiempos varían, las costumbres se transforman, las diversiones se renuevan, y nuestros bondadosos y pacíficos padres gozaban muchísimo sintiéndose arrastrados hacia el mar en paños menores, dentro de una caseta de madera, por una poderosa yunta de bueyes; nosotros, en buena hora lo diga, hemos progresado tanto, que ya no comprendemos los placeres estivales sin la sensación deliciosa que se experimenta sintiendo crujir los huesos del prójimo bajo las ruedas de nuestro automóvil ó escuchando el crujido de nuestros propios huesos al reventarnos.

Yo, como tú no ignoras, Calínez, soy un veraneante de mi tiempo, y puesto a elegir entre aplastar y ser aplastado, opté por lo primero, que siempre es más práctico y aun más económico, porque lo que no se va en la compra del chisme y la alimentación de gasolina, se va, y aún más, en cuentas del médico, vendajes y potingues, si no te acaba de aplastar del todo el automóvil que te toque en turno.

Aparte de eso, y con mi *Mercedes* de cuarenta hecha una furia, puedo ir a Biarritz y volver de Biarritz todos los días, viaje casi obligatorio para los automovilistas que residimos en San Sebastián, como lo es el de venida a esta ciudad y regreso a la villa francesa para nuestros colegas de *taff, laff* que en

Biarritz residen; por donde resulta que el puente internacional de Behovia que unos y otros han de cruzar necesariamente, es aquel cuyos ojos han visto pasar con más rapidez mayor suma de seres inútiles.

También me animó muchísimo a la adquisición del automóvil el considerar que Tácito lo tiene, y no sólo lo tiene, sino que lo disfruta a diario, aunque no todos los días alcance en él los placeres que gozó poco tiempo há viniendo ó intentando venir de Vizcaya. Supongo que ya sabrás cómo Tácito y su inseparable José Luis Suetonio volcaron gallardamente, saliendo el segundo a pedir socorro y cigarrillos por los pueblos próximos para su ministro de muy mala jornada. En fin, Calínez, que todo esto es muy hermoso y yo me muero de impaciencia por poseer mi *Mercedes*, y en obsequio de nuestra antigua y entrañable amistad te brindo generosamente la plaza de primer aplastado.

No te ocultaré que en esta ciudad algunos retrógrados y descontentadizos, gente baldía, en suma, están levantando cierto rum-rum contra el uso y el abuso de la máquina de matar indistintamente perros y personas; pero aun suponiendo que sean lamentables las defunciones de las segundas, ¿no se pueden dar por bien empleadas esas muertes, ante lo educador y progresivo que el automóvil resulta?

En fin, que ardo ya en deseos de salir con mi automóvil, tal vez seguido por Tácito y Suetonio. No veo el instante, Calínez, de abandonar esta ciudad, que durante la gran semana se pone insoponible.

El único que puede resistirla es *el Bomba*. Ahora les ha dado a las francesas por arrojarle botas en señal de entusiasmo, y él, como tiene el pie pequeño, se las calza. A los que no somos espadas, ¡ay! no nos toca nada de eso.

Y basta por hoy, Calínez; voy a ver si cierro el trato de mi automóvil; prepárate a ser aplastado. Pero no quiero terminar mi carta sin comunicarte una curiosísima noticia. En las habitaciones del hotel de Londres, que ocupaba Montero Ríos, han aparecido debajo de todos los muebles cónones cocidos. ¡Qué temperatura no habrá hecho en ellas mientras las disfrutaba D. Eugenio! ¡Qué afición la de nuestro insustituible padre político a los cuartos calientes!

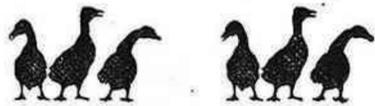
Muy tuyo, Gedeón.



MÚSICA VIEJA

García Prieto es gracioso,
nadie lo puede dudar
si se fija en las tareas
a que dedicado está
desde hace cuatro semanas
(día menos, día más...)
En vísperas de la fecha
de la lucha electoral,

pasa el tiempo Manolito muy empeñado en mostrar el programa del Gobierno, que es de buena calidad. A los chicos de la Prensa que á su Ministerio van en busca de las noticias que se pueden publicar, sugestivas conferencias todos los días les da sobre socorrido tema de indudable actualidad. ¡Una conferencia al día, ya es mucho conferenciar! Hasta el más corto de alcances de fijo comprenderá lo que el amable ministro se ha propuesto demostrar «Yo les aseguro á ustedes —dice con tonó jovial á los pobres periodistas que le tienen que escuchar,— que cometer no pensamos ninguna arbitrariedad; que con la mayor justicia las elecciones se harán; que triunfarán en las urnas los que debén de triunfar; que el pueblo dará, si quiere, su voto con libertad, y que en todos los distritos, los que venzan, vencerán.» Calla, Manolito, calla —dan ganas de contestar;— si eres, como yerno, magno, y, como ministro, audaz, recógete en tu oficina, limitándote á tu afán, y no sueltes esas prendas que no debes de soltar. Por ser viejo, conocemos años hace á tu papá político, y de sus mañas nadie se puede olvidar ¿A qué viene el darnos cobas? ¿Para qué esa habilidad de hacer creer á la gente que es un pedazo de pan? Ni en tus palabras fiamos, ni nos puedes epatar, ni convencernos intentes, ni nos brindes la bondad.. Todo eso es música vieja que se acostumbra á tocar en cuanto llega el momento del bullicio general... ¡pero aquí la conocemos y la hemos silbado ya!



Consejo de Ministros

GARCÍA PRIETO (*entra frotándose las manos, costumbre ó frotamiento que se le ha pegado de su papá político*).—¡Gran noticia, señores, gran noticia!

ECHEGARAY (*con curiosidad*).—¡Caramba, Manolito, es usted un escupitajo de su suegro!

ROMANONES (*al paño*).—¡Puah!

GARCÍA PRIETO.—¿Por qué dice usted eso, mi genial amigo y protector?

ECHEGARAY.—Porque ya va usted tomando todas

las actitudes y los ademanes de su padre político, mi antiguo y comprometedor amigo D. Eugenio. Como que al verle entrar á usted estaba recordando una de mis cuartetas más aplaudidas.

TODOS.—¡Que la diga, que la diga!

ECHEGARAY (*con su modestia habitual*).—No sé si recordaré... francamente, como no estaba preparado... y esto no es hacer un presupuesto, que, con copiarlo del de Villaverde, queda uno como un señor y sigue gozando una terrible reputación de hacendista.

SANCHEZ ROMÁN (*dándose golpes en cualquier parte, es decir, en el abdomen, porque todo el monte es orégano*).—Haga usted memoria, D. José.

ROMANONES (*siempre al paño*).—Y usted entendimiento, D. Felipe.

ECHEGARAY (*balbuciendo un poco, así como Mariano Mendoza cuando no se sabe el papel*).—No sé... no sé... (*dándose una palmada en la frente con la diestra y popándose la perilla con la siniestra*). ¡Ah, sí, ya recuerdo. Esto hay que decirlo con cierta entonación (*levantándose, trágico*):

Aunque á tu dolor no cuadre,
tanto mi desdicha abunda,
que al contemplar á tu madre
te he visto por vez segunda...

¡Je, je! Ya ve usted, Manolito: no hay más que sustituir *madre* por *padre político*, y...

SÁNCHEZ ROMÁN.—No comprendo nada. Verdad es que como ahora ando con esto de los idiomas extranjeros y tengo cuatro palabras contra cada idea, ya no entiendo lo que me dicen en buen castellano. Ea, señores, ¿quieren ustedes algo para San Sebastián?

GARCÍA PRIETO.—Pero, hombre, ¿quiere usted marcharse sin esperar á que venga papá?

SÁNCHEZ ROMÁN.—Aquí, para entre nosotros, le diré á usted que tengo mucho miedo de ver á don Eugenio.

GARCÍA PRIETO (*entre fraternal, paternal y filial*).—Vamos, hombre, no sea usted miedoso. Si no le va á regañar á usted ni nada. Precisamente viene de muy buen talante y más fuerte que un roble.

ROMANONES (*con interés reconcentrado*).—Sí, ¿eh?

GARCÍA PRIETO.—Aunque les pese á algunos (*¡chúpate esa!*), hay presidente para un quinquenio.

WEYLER.—¿Qué ha dicho usted de quinquenios? Lo menos para treinta años. ¿Iba á durar menos don Eugenio que estos pantalones? (*Tocándose los.*) Vean ustedes; han hecho la campaña de Cuba, la de Filipinas, las de Baleares contra los mauristas, y nada...

VILLANUEVA (*sintiéndose Brummell*).—Bien, mi general; pero no me negará usted que no se usan ya los pantalones con flequillo.

WEYLER (*mirándose bien las perneras*).—No, si eso es que el criado tiene la mala costumbre de utilizarlos como zorros. (*Al pronunciarse esta palabra aparecen el Presidente y el de Gracia y Justicia.*)

MONTERO (*en su actitud favorita, es decir, con la montera en la mano*).—Señores y amigos míos: ¡cuánto placer en verles reunidos aquí! ¡Ejem, ejem! ¡Arregui, Arruejji! (*Suelta á los empresarios de Apolo en la alfombra.*) Ya sé, ya sé que han sido ustedes buenos y no han cometido ningún disparate durante mi ausencia. Yo ya los considero á todos como de la familia. (*Tirando suavemente de una oreja á Romanones.*) Y tú, Benjamín, ¿no has hecho ninguna travesura?



CONFERENCIA DIPLOMATICA

EL DIPLOMÁTICO EXTRANJERO.—PARECE QUE HAY GRANDES DIFICULTADES PARA LA PAZ ENTRE RUSIA Y EL JAPÓN.

D. EUGENIO, DÁNDOSE PISTO.—¡YA LO CREO! ¡COMO QUE ESOS MAJADEROS LO VAN A ARREGLAR TAN PRONTO Y TAN BIEN COMO ARREGLÉ YO EL TRATADO DE PARÍS!...

ROMANONES.—Ya ve usted, Sr. Presidente, ¿que voy á hacer? ¡Aaaaah! (*Bostezando al estilo de Osuna.*) Como en mi viaje á Andalucía...

MONTERO (*un poco contrariado*).—¿Qué caray! ¿Para qué vamos á hablar de cosas tristes? Yo no concibo estos jóvenes que siempre están augurando desolamientos y muertes. En mis tiempos éramos de otro modo, ¿verdad, D. José?

D. JOSÉ (*evocando sus recuerdos*).—¡Oh, ya lo creo! *Vida alegre y muerte triste...* Ya recordarán ustedes aquella redondilla famosa que decía Vico acogotando á... no sé si á Donato, esa especie de Urzáiz de las tablas:

¿Quieres caricias? ¡Caricias!
¿Besos pides? ¡En mis labios!
¿Agravios buscas? ¡Agravios!
¿Justicias? ¡Toma justicias!

GONZÁLEZ DE LA PEÑA (*muy foscó*).—Señores jurados, digo, señores ministros, creo que no debemos faltar á lo que taxativamente disponen y previenen los Códigos que rigen en la península, y considerando que el señor ministro de Hacienda, obrando con obcecación y arrebató, acaba de infringir el respeto debido al sacrosanto concepto de la Justicia, metiéndolo en unos versículos, ó cosa análoga, y resultando que aquí nos hallamos reunidos para muy otra cosa, fallo que debo condenar y condeno...

GARCÍA PRIETO (*tapándole la boca*).—Vamos, don Joaquín, ¿se quiere usted callar? Aquí estamos ocho amigos, y esto no es un estrado...

MONTERO RÍOS.—Eso, aquí todos amigos (*extendiendo las manos con augusto ademán ancestral*); amigos, hijos, parientes: todos familia. Ya se sabe, la familia es mi ideal, mi programa político.

GONZÁLEZ DE LA PEÑA (*achicado*).—Bueno. Entonces, ¿para qué me han traído aquí?

GARCÍA PRIETO.—Para echar una siestecita, como en el Supremo. (*A los demás*). Creo, señores, que por hoy no debemos hablar de candidaturas.

ROMANONES (*fúrioso*).—¿Cómo que no? Pues si precisamente yo traía...

MONTERO.—No, no, que me constipo. ¡Ejem, ejem! ¡Aarregui! ¡Arruejji! (*Sale la compañía entera, con coros y tramoyistas*). No; eso de las elecciones, para mí es peor que un aire colado. Más vale que nos cante Romanones las playeras ó soleares esas que ha aprendido en Andalucía.

ROMANONES (*caracterizándose un poco*).—¡¡Aaaaay!! (*arrancándose, por fin.*)

A la puerta er sementerio...
¡Aaaaaaaaayyy!

VILLANUEVA (*enfurrñado*).—Hombre, ¿se quiere usted callar? ¡Pues no vamos á tener aquí mala cencerada!

SÁNCHEZ ROMÁN.—Déjele usted, que ahora era cuando yo comenzaba á entender algo...

ROMANONES.—Bien: lo diré *hablado*. El caso, señores, es que la debilidad de los campesinos andaluces es tan grande (*bostezando*), ¡aaaah! que á mí se me ha pegado algo también; y sospecho que hasta D. Segis está muy debilito, ¡aaaah!

GARCÍA PRIETO (*al paño*).—¡A buena hora te enteras!

MONTERO.—¿De modo que, en efectó, tienen apetito esos buenos labradores?

ROMANONES.—¿Qué apetito? Como dicen aquí, por mi calle, tienen más hambre que un oso.

MONTERO.—¡Caray, qué suerte! ¡Mire usted que tener apetito! ¡Y yo que apenas si puedo atravesar un sopicaldo con extracto Liebig!... Y menos mal que mi adorada familia no tiene que envidiarles nada á los campesinos andaluces... Bien; pues se me ha ocurrido un recurso muy nuevo.

ROMANONES.—No creo, pero dígalo usted.

MONTERO.—Gracias. Cuando yo leía *El Imparcial*, creo que se hablaba allí mucho de la política hidráulica.

ROMANONES.—Pero, es que si vamos á resolver el problema con un proyecto *fusilado*...

MONTERO.—Un poco de paciencia, hijo mío. Ya ¿quién se acuerda de eso? Vaya, yo creo firmemente que si todos realizamos considerables esfuerzos, la política hidráulica salvará á la nación... Y precisamente (*llevándose mano*), ahora más que nunca me siento con ganas de hacer política hidráulica. (*Se levanta presuroso y se dirige al pasillo.*)

ECHEGARAY (*también con mucha prisa*).—¡Y yo!

WEYLER (*como si fuese á ganar su primera victoria*).—¡Y yo!

VILLANUEVA (*perdiendo la serenidad que le caracteriza ante las damas*).—¡Y yo!

SÁNCHEZ ROMÁN (*apretándose el vientre*).—¡Y yo!

GARCÍA PRIETO (*intentando poner orden en la satisfacción de los deseos ministeriales*).—Calma, calma, señores; aguantarse un poquito, que no hay en el pasillo más que un receptáculo para eso. Un poco de orden, y todos, uno tras otro, ¡haremos política hidráulica!

MONTERO (*ya en la puerta del recinto misterioso*).—Eso, eso. Lo que dijo Napoleón el Grande:—*Marchemos todos y yo el primero...* (*Entra en el gabinetito y se deja fuera el resto del gabinete.*)



AMBO

El señor Sánchez Román se marcha á San Sebastián, donde le espera Mellado...
¿Qué de cosas se dirán el de Instrucción y el de Estado!
¿Qué dos! ¡Si parecen tres!...
Por su empaque portugués y por sus gestos triunfales, don Felipe y don Andrés son completamente iguales...

Ya que hemos de sostenerles preciso es reconocerles como genios superiores...
¿Yo siempre me río, al veries de los peces de colores!

Y me estremezco al pensar que frente al mar van á estar ambas personalidades...
¿Mellado! ¿Sánchez! ¿El mar!...
¿Menudas inmensidades!

Con regocijado acento dirán, en cualquier momento, viendo la tranquila balsa:
«¿Aquí está nuestro elemento... mejor dicho, nuestra salsa!»

Y si en en ella de repente se sumergieran, la gente los iba á admirar bastante...
Porque, afortunadamente, tienen materia flotante...



¡EL AUTOMOVIL, MAMA!...

(CUENTO VIEJO)

GEDEÓN.—¿QUÉ TAL DEPORTE ES ESE DEL AUTOMÓVIL, D. ANDRÉS?

MELLADO.—HOMBRE, LE DIRÉ A USTED: ESTO ES COMO LOS PATINES. HASTA QUE SE CAE UNO, SE PASAN MUCHOS APUROS; PERO UNA VEZ EN EL SUELO, SE ENCUENTRA UNO MUY BIEN.

Mellado, cual buen novicio,
fué nombrado de servicio
por toda la temporada,
y cumple al pelo el oficio
de ministro de jornada.

Pero este Sánchez Román,
¿a qué va á San Sebastián,
si está casi desahuciado?
¡Qué de cosas se dirán
el de Instrucción y el de Estado!

Creyendo que el cargo obliga,
va allí á internar su barriga
en ciertas negociaciones
para que el público diga
que está metido en funciones...

No aguces tanto el ingenio,
Sánchez; aunque eres un genio,
ya se sabe hasta en Belchite
que fué el propio D. Eugenio
quien tuvo que estar al quite.

Y ya que en serio lo tomas,
no organices esas bromas,
que son de un gusto azarante...
y estudia algunos idiomas,
si quieres ser negociante.

Sumiso como un lebrél,
no te muevas del hotel
ni salgas de la terraza...
¡ya sabes que tu papel,
más que de oficio, es de estraza!

¡Buen viaje, Sánchez Román!
De fijo en San Sebastián
vas á sentirte endiosado...
(¡Qué de cosas se dirán
el de Instrucción y el de Estado!)



El viaje de Loubet

Ante la proximidad del viaje de Loubet, nuestras confiadas autoridades—no siempre han de ser celosas, ¡caray!—van así como desperezándose y cayendo en la cuenta de que algo tienen que hacer.

Se ha convenido en que el presidente de la República francesa entre en Madrid por la estación del Mediodía, viniendo desde la del Norte por el ferrocarril de circunvalación que une ambas estaciones; pero, ahora bien—giro oratorio,—como más que de circunvalación, es el ferrocarril de la cloaca madrileña, sin duda, y con objeto de que no se le levante el estómago á Mr. Loubet ante el panorama de tanta basura, salieron la otra mañana, *del sol al primer Requejo*, este citado subsecretario, Romanones, el gobernador, el alcalde y coro general, para hacer una visita de inspección por toda la línea circunvalatoria y tomar algunas disposiciones.

¡Qué espléndido porrazo de vista el de aquellos inmundos vertederos, casucas miserables y ciudadanos en ropas tan menores como sucias, viviendo mano á mano con cerdos, gallinas y demás familia! ¡Qué elegante barriada de hoteles! ¡Qué lindos *chalets* construídos con latas de petróleo, tablas viejas y otros sólidos materiales!

Los expedicionarios admiraban aquel soberbio cuadro, aunque por excesiva coquetería se llevaban con frecuencia el pañuelo á las narices.

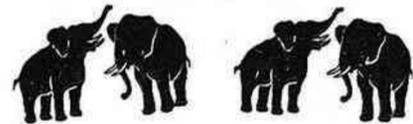
Después de tan pintoresco viaje por la *cornisa* madrileña, cambiaron impresiones, conviniendo en que

para recibir al Sultán de Marruecos no podía estar la cosa más en su punto y más en carácter; pero tratándose de Mr. Loubet, era una broma de mal gusto.

¿Qué hacer?

Uno propuso que entrase el Presidente en Madrid con los ojos vendados, como Raúl en *Los hugonotes* ante la corte de la reina; otro, que Sánchez Román se sentase al lado de la ventanilla: de este modo, Loubet no vería nada; alguien aventuró la idea de que Rodríguez San Pedro le leyese un discurso al llegar, y así entraría dormido el Presidente; un concejal taurófilo, que se cubriese la línea con carteles de toros; otro, admirador de Maura, con frases del ilustre mallorquín, colgadas de los hilos del telégrafo; y un amigo de Bussato, que pintara un panorama escenográfico á gusto de Requejo.

Total, que no sabemos en lo que quedaron los del convoy, aunque es lo más seguro que no quedarán en nada recomendable.



... y armas al hombro

Usted, lector, supongámoslo, es un elector madrileño de los de buena fe.

Esto de la buena fe se presupone, en el mero hecho de que compra usted GEDÉÓN, el periódico más impopular de España.

Otros tratan de comprar órganos más populares y no lo consiguen; por eso, porque no van de buena fe, ni nada. Pero no divaguemos.

Usted es un elector de Madrid, y sus ojos tropiezan con la candidatura monárquica, forjada por los señores á quienes la suerte, ó quien haya sido, ha encargado de labrar nuestra felicidad.

El primer nombre le deja á usted perplejo.

D. Mariano Sabas Muniesa.

Y después de pensarlo mucho, exclama usted, sin gran seguridad de sus propias dudas, el cual es el más triste estado en que un elector puede hallarse:

—¡Muniesa!... ¿qué vendrá á ser eso? La verdad, ni como Muniesa, ni como Sabas, ni como Mariano, sé que ese señor haya hecho nada notable en mi ya larga vida política.

Luego una vaga, una ténue sospecha intenta abrirse paso en el entenebrecido espíritu de usted.

—Sí, sí—prosigue usted raciocinando.—Este señor Muniesa debe de ser hombre de muchas campanillas, si bien yo he oído campanillas y no sé dónde. Se me figura que este señor es uno de los que deciden cuándo han de cerrarse las tiendas en señal de protesta por una cosa ó por otra...

Poco á poco la ténue sospecha va produciendo una ligera claridad en el espíritu de usted.

Y entonces usted, que odia al almacenista de ultramarinos, que vive sacándole á usted los redaños y envenenándole si le dejan; usted, que padece la tiranía del comerciante de tejidos y del vinatero, y del carnicero y de casi todos los industriales, y ve usted en el Sr. Muniesa á un representante de esas clases que á usted le parecen dignísimas, pero con las cuales vale más no tratar, se decide usted á no votar al Sr. Muniesa. (D. Sabas ó D. Mariano)





UN CANDIDATO POR MADRID

(ANTES CASTUERA)

CABRIÑANA.—ME PARECE QUE SU CANDIDATURA DE USTED, MI QUERIDO AMIGO, NO ES MUY POPULAR.
GÁLVEZ HOLGUÍN.—¡NO HA DE SER! ¿USTED NO RECUERDA LA GENTE QUE YO SAQUÉ A LA CALLE
HACE DIEZ AÑOS?

Examina usted después los nombres de los demás candidatos y salta á su vista el Sr. Maltrana. Más honda y terrible dubitación subsigue al conocimiento de este enigmático nombre.

¡Maltrana! ¡Maltrana!

Hay algo de fatídico, de empavorizante en este nombre, cuyo origen egipcio ó armenio se adivina á las cien leguas.

Y resulta que Maltrana pertenece también á la ilustre clase de los tertulios del Círculo de la Unión Mercantil, ó de la Unión Industrial, ó de la Unión Financiera, de alguna de esas Uniones

que tienen bien cubiertos los riñones.

Usted, naturalmente, sigue retrocediendo... y tampoco vota á Maltrana.



Zaldo, el Sr. D. Bruno Zaldo, banquero y ex primer premio de la lotería de Navidad, se ofrece á la turbada consideración de usted.

¿Qué hay de común entre usted, lector de GEDEÓN y ciudadano activo, sin dos pesetas, puesto que á estas fechas se halla usted en Madrid, y el Sr. Zaldo, este Bruno que, al revés de su santo patrón, en vez de dar ciento por uno, recibió cien mil por uno en ocasión memorable?

El Sr. Zaldo viene á confundir aún más las ideas de usted.

Al cabo de un rato cree usted que toda la candidatura procede de Zaldos y quiebras.



Pasa este rato y fija usted su atención en el cuarto solicitante de su voto de usted.

¿Quién no le conoce?

Es el Sr. Fiscowich, aquel famoso editor de obras dramáticas que hizo un fortunón, según se cuenta, administrando el ingenio ajeno, profesión tan lucrativa, como es mísera y aperreada la de tener ingenio y no saber ser el Fiscowich de sí propio.

¿Ha encontrado usted, lector, en el discurso ó decurso de su vida un candidato con mayores simpatías que el Sr. Fiscowich?

Tantas son y tan enormes, que usted acuerda consigo mismo no votarle, en la seguridad de que con ello no le causa el más leve perjuicio.



Torna usted entonces la vista á los candidatos de oposición, y el primero que se echa usted á la cara es el Sr. Muñoz y Rivero, un señor que á usted, como á mí, le es profundamente antipático, y no, como piensa otro señor leguleyo, imitador y contrafigura suya, porque ni usted ni yo seamos abogados ni nos importen nada las cosas de la Audiencia.

Pero, francamente, usted, que ha oído discursos revolucionarios al Sr. Muñoz y Rivero en mitins públicos y ahora le ve más conservador que Maura, no puede votarle de modo alguno.



Se corre usted un poco y se halla de manos á boca con los republicanos.

El Sr. Calzada, millonario que vive en el Paraguay ó en el Cunani.

El Sr. Rodríguez (D. Calixto), otro millonario que trata en resinas y otros artículos pegajosos.

D. Lucio Catalina, que también debe de ser millonario, porque si no, ¿qué es?

D. Facundo Dorado, que es una especie de Muñoz y Rivero de mitin.

D. Nicolás Estévez, el respetable y simpático D. Nicolás, que desde que le eligieron diputado no ha hecho más que tirarse de la perilla y anunciar que se marchaba á Cuba para no volver.

Pero, señores, ¿qué es esto...?

Ahora dirán ustedes que hemos exceptuado á Luis Morote y á Pepe Garay.

Claro, porque son amigos nuestros.

¿Para qué quiere uno un periódico tan impopular como GEDEÓN?

Ni Pepe Garay ni Luis Morote han hecho nada malo.

Es decir, el último, ya saben ustedes que tiene la debilidad de las corbatas, pero, en eso, el que esté libre del pecado que tire el primer *plastrón*.



Sólo nos resta hablar del candidato cuyo triunfo se considera más seguro.

De D. Leopoldo Gálvez Holguín.

¿Qué gloria para Montero y para sus yernos, contribuir á que salga diputado por Madrid un hombre á quien Madrid manifestó sus simpatías en una forma tan concluyente!

Es decir, concluyente no fué.

No concluyó más que con un alcalde.

El tratado de París y la elección de Gálvez Holguín por esta corte, son dos cuarteles de nobleza que D. Eugenio puede añadir á su consabido blasón.

Y si no dos cuarteles, dos cuartelillos.



Y en provincias, ¿qué sucede?

Hay distrito por el cual se presentan cinco candidatos todos ministeriales, según ellos.

—¿Qué hago con estos cinco candidatos?—pregunta el gobernador.

Y García Prieto, recordando una frase memorable de D. Manuel Becerra, contesta:

—¡Ah! ¿Son cinco? Pues diézmelos usted.



El Carnaval de Venecia

(FANTASÍA)

«Se habla mucho estos días de las reuniones que importantes cabecillas celebran en Venecia, llamados por D. Carlos.»

(Telegrama circular.)

Todos los veranos, coincidiendo con la aparición de la famosa y formidable serpiente marina ó con la captura de una enorme ballena, publican los periódicos un telegramita por este estilo que, naturalmente, no nos produce frío ni calor, porque, como dijo el otro, «¡á buena hora mangas verdes!»

Y es que somos absolutamente rutinarios.

Ahí está Montero, que no nos dejará mentir.

Véase su política yernocrática.

Como en los felices tiempos en que Capdepón vino á este mundo.

Así como no nos podemos privar en Noviembre del audaz *Don Juan Tenorio*, ni de ver á Donato Jiménez haciendo gárgaras en el Comendador, ni ahora de meter baza en la cuestión de las puyas, asunto que es casi seguro pase á la resolución del Consejo de Estado, previo el informe del *Barquero* ú otra cualquiera autoridad en materia de puntas, no nos es posible terminar decorosamente el año sin la tradicional noticia de que los carlistas se agitan antes de usarse y de que es muy probable que jande el movimiento!

Ahora, con motivo del telegrama circular que ha corrido por toda la Prensa, han vuelto á la efímera y breve existencia los súbditos de D. Carlos.

Nosotros, por si acaso estos cabecillas habían tomado graves é importantes acuerdos—por más que donde todos son cabecillas poco puede esperarse de cosa tan ligera,—nos dirigimos al *Gran Casino de la verdadera tía Javiera tradicionalista* establecido en el mejor sitio de Madrid, acera del *Café Oriental*, con magnífica luz cenital, y cerca, como dicen los anuncios de hoteles en las Guías, del *Telégrafo*, *Correos*, *Bolsa* y principales teatros.

Una vez instalados en la acera del *Café Oriental*, tuvimos el gusto de hablar con varios caracterizados partidarios del Pretendiente y con otros que estaban sin caracterizar.

El movimiento, según noticias de Venecia recibidas por el Gran canal, comunicadas por un gondolero de confianza, se estrenará en Madrid, y si gusta se remitirá en seguida á provincias.

El santo y seña para el alzamiento no puede ser más correcto: «¡Vivan D. Carlos y señora!» El grito se dará, ya que no es posible en el cielo, en la Prosperidad. Algunos proponían el Pacífico; pero, realmente, el nombre de este barrio no despierta grandes arrestos. Hay dos ó tres guarniciones usadas, pero en buen estado, con las que se cuenta para el movimiento. Como hacen falta más guarniciones, se anunciará debidamente en los periódicos. No se admiten prenderos.

Además, se sabe positivamente que en algunos merenderos de las Ventas hay ocultos depósitos de armas y municiones en abundancia, sin contar algunos platos que figuran en lista.

Los socios de la acera del *Oriental* tienen absoluta confianza en el éxito, hasta el punto de que si en lugar de Agosto fuese Enero y 5, víspera de Reyes, saldrían á esperar la llegada del suyo, con escaleras.

Tienen la seguridad de que viene, y vendrá.

Por más que la otra noche un decidido partidario puso tres pesetas al rey, y se negó: no vino.

¡Y eso que se daban mayores!



CARTA ELECTORAL

Querida Josefina: Ayer, y después de un viaje muy cómodo, doce horas de tren, cinco de diligencia y cuatro de caballería, llegué al distrito á las tres de la madrugada, teniendo que recorrer á pie la distancia que hay hasta el pueblo, unos seis kilómetros, pues, según supe luego, las tres mulas disponibles

que había para este caso, estaban en poder de los otros candidatos, lo que me hace sospechar que las elecciones van á ser muy reñidas. Por lo agradable de la hora, tuve que esperar hasta las cinco de la mañana sentado en un poyo de la posada, hasta que abrieron. Con el relente de la noche se me exacerbó el reuma, y lo primero que tuve que hacer apenas me instalé fué llamar á un mozo para que me diese unas fricciones con aguardiente alcanforado y me pusiese una bayeta, porque el traje de franela enguatado se te olvidó meterle en el equipaje con las prisas; pero en cambio me encontré con un matiné tuyo.

A mediodía y después de descabezar un poco el sueño, cosa que no pude lograr por el ruido y el escándalo de unos arrieros, fuí á casa del alcalde, que estaba jugando al mus con el teniente de la Guardia civil y uno de los candidatos, dato que me pareció muy expresivo para que con razón dude de la sinceridad electoral de que tan ardorosamente me habló García Prieto en su despacho el día antes de salir de Madrid. El alcalde no se movió hasta después de terminar la partida, que sin duda por congraciarse se dejó ganar el candidato. Como ves, me lleva algunos tantos de ventaja. ¡Ardides electorales!

La circunscripción de Bollullos del Arzobispo elige un diputado. Por fortuna, no nos presentamos para tan alto honor más que cinco, y los cinco, ministeriales para mayor seguridad. Uno, con carácter moretista; otro, recomendado por Montero; otro, con carácter canalejista; otro, pariente del *chauffeur* que guía el automóvil de Mellado; y yo, que, como sabes, no sé aún el carácter que tengo, aunque el ministro de la Gobernación me dijo, dándome una palmadita afectuosa: «¡Vaya usted á Bollullos, Fernández, que ya le empujaremos!» Y cuento con el empujón.

La lucha se presenta muy empeñada y yo no sé si tendré bastante con los cincuenta y cinco duros que traje, porque solamente ayer gasté más de veinte en una *zurra* por atraerme las simpatías del cuerpo electoral. Esto de la *zurra* no te alarme: se trata de un refresco de vino con limón, una bebida inocente.

Hoy pienso comprar algunas cajas de dulces y pastillas de café con leche para las señoras que tienen influencia en el cuerpo.

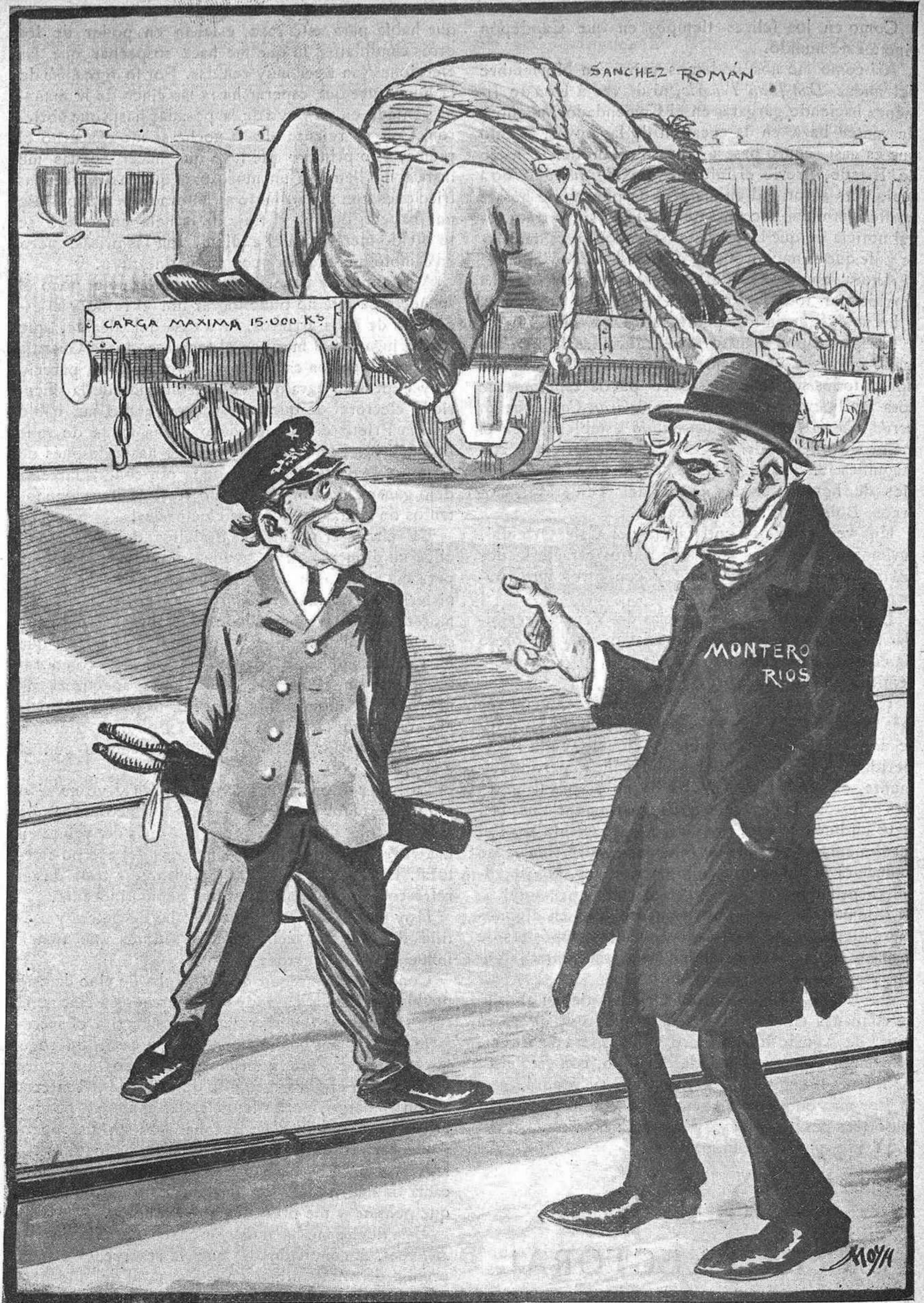
Con esto y conseguir que la arroba de vino de este pueblo se venda en todos los mercados á cincuenta reales, amén de una carretera que necesita el secretario para ir más cómodamente á su casa, un regimiento de caballería y un obispado, creo que podré sentarme en el Congreso á la derecha de Montero.

Sin embargo, no las tengo todas conmigo, porque el candidato monterista, que ha sido en sus mocedades cartero de Lourizán, recibe todos los días telegramas cifrados de San Sebastián, y duerme en la cama de matrimonio del alcalde. Esto me da mucho que pensar, y me preocupa á todas horas.

Esta noche me ha dado serenata *La Efectiva de Bollullos*, á condición de que la reserve el primer premio de estudiantinas en el Carnaval del año próximo en Madrid.

Se va el correo y no tengo tiempo para más. Te tendré al corriente de cómo llevo mis trabajos. ¡Ah! si se han recibido los chorizos de casa, mándale una cesta á García Prieto con una tarjeta mía.

Tu atareado esposo, *Celestino*.



EL NUEVO «BREACK» DE ESTADO

El JEFE... DEL GOBIERNO.—BUENO, YA SABE USTED QUE A ESTE TREN HAY QUE AÑADIRLE ESA UNIDAD.

El JEFE DE ESTACIÓN.—¿UNIDAD ESO? YO CREÍ QUE ERA UN CERO.